

Encaje y estambre, soy yo, soy mis abuelas, soy todas

Franca Félix

Nuestras abuelas no sólo resistieron, sino también propusieron e hicieron de sus vidas y sus cuerpos autonomías peligrosas para los incas y rnallkusl patriarcales. No escribieron libros, pero escribieron en la vida cotidiana que hoy podemos intuir, sobre lo que queda después de tantas invasiones coloniales. Ojos abiertos que ya no se pueden cerrar porque sería una deslealtad con nosotras mismas, con nuestras hermanas y nuestras ancestras.

Julieta Paredes, Comunidad Mujeres Creando, 2013.

Cuando pienso en mi propia historia, no puedo dejar de pensar en las de mis abuelas; a veces me imagino que soy una casa y que ellas viven adentro. Ocasionalmente, Titi pasa gritando y bailando por mis pasillos, lleva un vestido de flores de colores, aretes grandes y anillos. Su cuerpo es voluptuoso, ella lo sabe, sin pudor se mueve exuberante de un lugar a otro. Mientras, Leonora me

escribe una postal sentada en un café en Turquía, su letra manuscrita se desplaza suavemente sobre el cartón contándome sobre la danza de los derviches, que giran como planetas en órbita.

Cuando hacen lo que les gusta, me cautivan, sus personalidades explotan en mis paredes. Titi, rodeada de gente, cocina, saluda a sus invitados y bebe tequila mientras escucha boleros. Leonora camina en un sendero hacia una ruina invadida por la selva. Así es que ellas estallan en mis paredes, y entonces me siento transgresora e inteligente como Leonora, o libre y sensual como Titi. Pero otras veces las escucho deambular; llorar en silencio. Susurran secretos y sólo alcanzo a escuchar partes, entonces me da miedo que esos lamentos y ecos queden retumbando entre mis paredes por siempre; que los fantasmas que salen de sus bocas se instalen permanentemente dentro de mí.

A Titi le digo así desde que tengo memoria, alguna vez pregunté de dónde había salido ese apodo, pero nadie supo responderme; entre titubeos, alguna vez mi mamá me dijo que ella tampoco recordaba desde cuándo le decía así. Y Titi, lo único que supo explicarme fue que “abuela” la hacía sentir viejita y que por eso prefería “Titi”. De niña, me encantaba ir a su casa y disfrazarme con sus caftanes y sombreros, su tocador tenía un espejo con focos alrededor como en los camerinos de las películas, me encantaba sentarme ahí y maquillarme. Sobre un banco de terciopelo, me delineaba la boca y elegía el labial y las sombras más escandalosas. Después, transformada en una tierna payasa, Titi me sacaba un rollo entero de fotos y me besuqueaba. Me gustaba quedarme a dormir con ella porque veíamos telenovelas que mi mamá me prohibía y después me quedaba dormida hundida entre almohadas de plumas. El amor de Titi siempre ha sido desbordado, le brota de las entrañas, no lo contiene jamás.

A Leonora siempre le dijimos “abuela”. La forma de llamarla de acuerdo con nuestra relación de parentesco, la describe muy bien. Hasta los diez años, pasé casi todos los domingos con ella, iba por mí en su camionetita roja y asistíamos a los conciertos matutinos de la Sala Nezahualcóyotl, luego me daba dinero y me llevaba a una librería a que escogiera un libro. También íbamos mucho a un parque, al que le decíamos “el zigurat”, porque había una réplica de pirámide. Con mi abuela siempre bromeábamos con cochinas, con ella se valía eructar y a mis nueve años eso me suponía un acto de rebeldía fascinante. Varias veces que me llegué a caer o lastimar bajo su cuidado, antes de que me pusiera a llorar, me decía “para todo mal un ungüento salival”, me metía la mano en la boca y me decía que me limpiara con “babita” la cortada, que

eso era lo que hacían los animales cuando estaban lastimados y que con eso se curaban. Cuando yo era niña, Leonora hacía muchos viajes, siempre presumía que ella viajaba sólo con una mochila y que dormía en hostales muy sencillos, y antes de emprender el viaje, nos preguntaba a mí y a mis primos qué queríamos de recuerdo, fue así que comencé a coleccionar postales que mi abuela me enviaba desde Camboya, Turquía, Israel y muchos otros países lejanos, y que a mi corta edad me enteré de que existían gracias a sus aventuras. Recuerdo que deseaba con todas mis fuerzas crecer para que me llevara a sus viajes, lo que nunca pensé es que yo la invocaría a los míos, especialmente a la hora de armar mi pequeña mochila.

Titi siempre fue una niña muy sensible, le gustaba mucho hablarle y cantarles a las flores, quizá desde ese entonces ya se imaginaba a sí misma sobre un escenario. Su madre le daba leche bronca de desayunar todos los días, a ella no le gustaba, por eso, sigilosa, la tiraba detrás de los nopales. A su madre probablemente le parecía una tontería que Titi viviera entre nubes y flores, entonces solía desesperarse fácilmente con ella, por eso Titi prefería a su papá, quien dedicaba todos los fines de semana a jugar y sacarle fotos con sus vestiditos de domingo y grandes moños.

Un día, Titi niña, quien entonces era Juana Eufrosina del Socorro, vio a su papá morir de un infarto mientras miraban un programa de Tin Tan. Unos días después, buscando unas fotos de su padre en el armario, un certificado de adopción cayó a sus pies, éste tenía su nombre. Ese cuerpecito de niña asustada contuvo el llanto y las dudas, tal vez sólo a las florecitas y a los nopales les contó sus penas. Después de que su papá murió, la relación con su mamá se puso difícil, entonces ella decidió internarla en el Mier y Pesado, una casa hogar para niñas de escasos recursos. A los 17 años conoció a un señor que trabajaba en la Interpol y decidió casarse, tuvo un hijo con él y poco después lo dejó, pues era violento e incluso llegó a amenazarla algunas veces. Luego de su matrimonio fallido, comenzó a trabajar en una revista, donde en diferentes ocasiones compañeros de trabajo intentaron abusar de ella. Para Titi, los hombres no la respetaban porque era una mujer divorciada, y alta, con enormes caderas y senos, que portaba insolente su belleza.

Todas las semanas, saliendo de trabajar, iba a clases de canto y fue ahí que conoció a Rafael Vázquez, un cantante conocido de aquella época, quien la invitó a cantar en centros nocturnos. Entonces comenzó a rodearse de gente famosa, vedetes y hombres de negocios. En una de esas noches conoció a mi

abuelo, un empresario de Sonora que le doblaba la edad. Mi mamá dice que Titi buscó en él un papá. Nunca se casaron porque él tenía esposa e hijas en Sonora. Pero tuvieron a mi madre. El secreto se mantuvo por años, la relación también, ésta transcurrió entre encuentros llenos de pasión, peleas y llanto, hasta que mi abuelo finalmente murió. En el medio de esa relación secreta, Titi tuvo muchos novios, uno de ellos fue Armando Manzanero, quien le escribió algunas de sus canciones más famosas: “Adoro”, “Esta tarde vi llover”, “Mía”. Su relación también fue turbulenta, pues Armando era muy celoso y quería a mi abuela sólo para él, pero Titi es un espíritu libre.

Mi mamá me cuenta que mi abuela hacía muchas fiestas, siempre estaba rodeada de gente, entre la multitud habitual estaba “Panchito”, un joven abiertamente homosexual, amigo y secretario de Titi, a él le encantaba provocar bajando en caftán y zunga las escaleras de la casa cuando iban los amigos de mi madre a visitarla. Panchito y muchos amigos de mi abuela murieron de sida a finales de los ochenta.

Leonora es la mamá de mi padre, hace mucho que no hablo con ella, porque además de que vive en la Ciudad de México, evito comunicarme porque me duele ver lo que la vejez ha hecho con su cabeza. Leonora tiene mala irrigación en el cerebro y esto hace que no tenga memoria a corto plazo. Esta condición la hace recordar cosas muy particulares del pasado, entonces las conversaciones con ella suelen ser evocaciones que se repiten una y otra vez. En uno de los destellos del pasado, que suelen saltar al presente, cuenta sobre cuando vivía en Tijuana. Su papá, quien era militar, se mudó allá por la guerra y, en ese contexto, Leonora narra orgullosa que aprendió a manejar en un camión militar. También, que se cruzaba a la frontera a trabajar empacando limones y que ganaba muy bien, a ella siempre le gustó ser independiente y tener su propio dinero. En los bailes del ejército siempre se quedaba sentada esperando a que la sacaran a bailar porque, aunque era muy bonita, los jóvenes soldados le tenían miedo por ser hija del jefe y porque jamás tuvo “pelos en la lengua”.

Ella y sus hermanas fueron mujeres transgresoras, incómodas. Jacinta, la más grande, era química; Nohelia, la primera piloto comercial de México, y Narcisa, física matemática, que estuvo muy involucrada en el movimiento estudiantil de 1968. Aparentemente era algo de los genes Mondragón. Leonora quería ser doctor, pero, según mi papá, “la domaron”, aceptó la voluntad de sus padres de estudiar Enfermería, que era una carrera mucho más corta y poco tiempo después se casó con mi abuelo y tuvo cuatro hijos. Mi abuelo era de

un origen muy pobre, pero logró abrirse camino y estudiar ingeniería, fue el segundo director del metro y un empresario exitoso, siempre iba a eventos políticos acompañado de mi abuela vestida con traje sastre y tacones. Leonora no estudió Medicina, pero fue “la mujer detrás de un gran hombre”. Me pregunto qué diría el obituario de una mujer con los sueños truncados.

Yo siempre he llorado muy fácil, de adolescente mi papá me criticaba por eso, algunas veces él y mi hermana se burlaban de mí por ser “chillona”. Un día me harté y les dije que yo era así, que por favor me respetaran, creo que nunca más volvieron a molestarme. De cualquier forma, algunas veces siento que les caigo un poco mal. Yo nunca hablé con las flores, pero sí con las hormigas, no aprendí a manejar en un camión militar, pero algunas veces siento que soy incómoda. Soy yo y soy mis abuelas.

Cuando tenía veinte años, mi novio Diego, con quien llevaba un año de relación, se enojó conmigo en una fiesta y comenzó a gritarme, nos fuimos a mi casa en donde continuó vociferando, estaba completamente fuera de sí, yo ni siquiera entendía bien qué era lo que le había molestado. Sus gritos no me dejaban hablar y en medio de ese caos, no pude más y me dio un ataque de pánico. Esa noche, mi compañera de departamento se había ido a Buenos Aires a visitar a su novio, así que en nuestra pequeña casa de estudiantes los gritos de Diego hacían eco en cada habitación, infiltrándose en todos los rincones, dejándome sólo una esquina para hacerme pequeña en el suelo. Sus palabras me golpeaban y yo jadeaba como un cerdo, no podía respirar, sentía que me ahorcaban, que me iba a morir. Por más que intento, no puedo recordar lo que gritaba, creo que en un momento su voz dejó de ser palabra y simplemente se convirtió en golpes. Esas frases difusas definitivamente quedaron marcadas en mi cuerpo, me costó meses volverme a sentir segura de mí misma, fuerte. Es una lástima que no se pueda llegar a un hospital diciendo: “necesito ayuda, mi novio me destrozó con sus palabras, ¡pónganme suero que me seco!”

Desde mi esquina, conseguí levantarme, como un fantasma caminé al baño y me encerré, me mojé la cara con agua y después me acosté en el piso. Diego no dejó de gritar hasta que se aburrió y se fue a dormir. Cuando salí del baño, él roncaba en mi pequeña cama individual, como cualquier otra noche, sigilosa me fui a sentar en la sala; con la vista perdida en la pared blanca supe de inmediato lo que tenía que hacer: tener esa certeza me dio la fuerza para enfrentarlo al día siguiente. Con la salida del sol, el tipo salió de la habitación,

extrañado porque no había amanecido a su lado, sin esperar al desayuno, le dije que no quería verlo nunca más, que se fuera de mi casa. Me pidió disculpas, me dijo que no se repetiría jamás, pero no le creí. Aunque no había tenido ese comportamiento antes, estaba segura que si pasaba por alto ese episodio, iba a haber una segunda parte aun peor. Después de eso, él me llamaba casi diario para insultarme, me mandaba mensajes con amenazas, les escribía a mis amigos y familia diciendo que yo era una loca, una “perra”. Hizo eso durante casi dos años.

Por muchos meses me odié a mí misma por no haber visto su clarísima estrategia de conquista: un hombre de 32 años conoce a una adolescente de 19 que vive a miles de kilómetros de su familia, no le alcanza el dinero, y ella se abre rápidamente y le cuenta sus *daddy issues* mientras llora recargada en su hombro, ¡un clásico! Cuando dejé de culparme a mí misma, me propuse organizar los pedazos de mis experiencias con Diego en búsqueda de señales, para así convertirme en una detectora profesional de manipuladores y violentos. Al rebobinar la película, saltó de inmediato el día que lo conocí, estaba en una discoteca y comencé a hablar con él, dejé de bailar con mis amigas y toda la noche platicamos, no puedo recordar qué fue lo que me gustó, pero sin duda cuando llegó la hora de marcharme con mis compañeras yo no quería irme. Intercambiamos teléfonos y le aclaré que casi nunca tenía crédito, así que si no le contestaba los mensajes era por eso. Pocos minutos después de haber salido del lugar, mientras caminaba por Corrientes hablando con mis amigas de lo “mágica” que había sido la noche, me llegó un mensaje que notificaba una jugosa recarga de crédito en mi cuenta. Todas hablaban de lo afortunada que era por haber conocido a un tipo así, uno que babeara por mí desde el primer momento.

A las pocas semanas de nuestro primer encuentro, fue a visitarme a La Plata, yo vivía en un cuarto de dos por dos que, además de mi cama, tenía una mesa de jardín con un hoyo en el centro cubierto con cartón y cinta, mis compañeras de casa dormían todo el día y a la noche despertaban y tomaban cocaína. Frente a esa situación, mi príncipe azul no tardó en preguntarme por qué vivía en esas condiciones, a lo que respondí que para mí era muy difícil como extranjera encontrar quién quisiera rentarme sin garantía o aval propietario. Fue así que, en menos de un mes de conocerme, él se ofreció a ser mi aval.

En la casa que soy yo, se ríe y se llora mucho. La risa y la alegría son incontenibles, de mis ventanas sale ruido que inunda las cuadras solitarias. Pero cuando hay llanto, los pasillos se inundan; todos mis muebles flotan chocando entre sí y cuando baja el agua, siempre quedan adornos y platos de porcelana rotos sobre la alfombra. Me gustaría ser una casa con música y olor a comida casera, donde las paredes no estuvieran cubiertas de moho.

Mi abuelo Francisco le tenía mucho miedo a su papá, muy joven tenía su matrimonio arreglado; se casó y tuvo dos hijas. En sus viajes de negocios, conoció a Titi, de quien se enamoró. Con mi abuela vivían una vida de estrellas de Hollywood, bebían, comían e iban a los mejores centros nocturnos. Mi abuela cuenta que mi abuelo la llevaba de compras y, como en las películas, alguien sacaba montañas de cajas y bolsas hasta el auto, esperando un chofer. En el 2004 mi abuelo murió, estaba muy enfermo y mi mamá lo llamaba cuando la enfermera le avisaba que no había nadie alrededor. Me acuerdo que pasaban horas al teléfono y muchas veces cuando colgaban, mi mamá lloraba por un largo rato. Cuando murió, mi papá la acompañó hasta Nogales, desde una banca al fondo de la iglesia, despidió a su padre y emprendió el regreso a Aguascalientes.

A mi abuelo Tomás no lo conocí, murió muy joven por una complicación de varias enfermedades relacionadas con el sobrepeso. Cuando estaba internado, mi abuela Leonora se enteró de que tenía otra familia y dos hijos. Mi papá dice que “la otra mujer” era muy cariñosa y expresiva, que quizá mi abuelo por eso la había buscado, ya que Leonora rara vez da un abrazo o es afectuosa. Después de varias operaciones e intentos, él murió. Para mi padre, él se dejó morir, ya que muy enfermo decía: “que voy a hacer sin ‘Kelo’, ella no me va a perdonar”. Nunca hablé de esto con mi abuela, pero creo que a la fecha no lo ha perdonado.

Cuando terminé la prepa, quería irme lejos, tenía un deseo adolescente de poder decidir si llegaba a casa a dormir o no. Averigüé muchas universidades, y cuando estaba desesperanzada –porque todas eran muy caras–, escuché en una conversación de “adultos” que en Argentina la educación era gratuita, incluso para personas de otros países. Esa misma semana fui al consulado y pedí la información para inscribirme en la universidad. En febrero me mudé a La Plata, mi papá me acompañó hasta Argentina y después de unas semanas volvió a México. Cuando había pasado menos de un mes, recibí un mensaje de mi hermana pidiéndome que me conectara a Skype, la llamé y me respondió

llorando. Apenas podía entender lo que me decía, pero cuando logró calmarse me dijo: “fui a imprimir algo a la computadora de papá y encontré unas fotos de él desnudo con una mujer”. Rápidamente decidimos que hablaríamos con él para exigirle que le dijera a mi mamá lo que había pasado. Lo hizo y nos explicó a las tres que era algo que hacía por diversión con diferentes mujeres, pero que amaba a mi madre. Después de unos meses mi mamá decidió perdonarlo y a la fecha siguen juntos.

El drama de mi padre pasó mientras yo estaba a 8 mil kilómetros de mi familia, y aunque tenía ya algunos amigos, no me sentía cómoda para llorar en el hombro de alguien y cuando mis cinco compañeras de cuarto se quedaban dormidas, yo lloraba en silencio. En medio de toda esa turbulencia, conocí a un chico y nos hicimos novios, le conté todas mis tristezas y me prestó su hombro. Su mamá me hacía de comer y me quedaba a dormir en su casa casi todos los días, me adoptaron. Yo nunca estuve enamorada de Nacho, además se ponía muy celoso cuando salía con compañeros de la universidad, así que después de un año terminé con él. Fue horrible, sentía que lo había utilizado. Nunca más volvimos a hablar, aunque su madre y su hermana siguen siendo mis amigas. Pocos meses de terminar mi relación con Nacho, comencé a salir con Diego.

Después de mi relación con Nacho y Diego, salí con muchas personas, era muy fácil conocer gente en una ciudad llena de fiestas y tugurios estudiantiles, por momentos me imaginaba mi vida como una serie adolescente de corazones rotos y hormonas burbujeantes, me encantaba maquillarme de negro los ojos, e intentaba parecerme lo más posible a una especie de Blanca Nieves punk. Después de innumerables coqueteos, conocí a Jansen, un brasileño atormentado con quien compartía mi tristeza acumulada. Nuestros planes favoritos eran ir de bar en bar, escuchar música triste y ver películas, pero en un momento la complicidad depresiva dejó de parecer una serie adolescente y develó su patética naturaleza. Peleas, llanto y una sensación enorme de vacío en mi pecho. En diciembre, Jansen decidió volver a Brasil, después de una larga noche de fiesta, me quedé sola en un columpio de Plaza Paso viendo cómo los pájaros despertaban, cómo abrían los negocios y la gente iba a trabajar. Yo sólo sentía un agujero en el pecho, todas las tristezas de los últimos tres años se movían dentro de mí como dragones intentando salir.

Las historias de mis abuelas siempre han estado presentes como pedazos de rompecabezas tirados por toda mi casa, por toda la casa que soy. Mis paredes están ya construidas con ladrillos rojos de diferentes tamaños, pero aún hay partes inconclusas, escaleras que no llevan a ninguna parte. Los cimientos se entrelazan con raíces de árboles muy viejos y grandes, pero tengo algunos muros que he logrado tirar a patadas. En el jardín he logrado hacer varias excavaciones, de hecho me considero una arqueóloga aficionada que está siempre en búsqueda de señales del pasado para llenar los huecos de mi propio presente.

Unos días después viajé a México y, como iba a estar tres meses, busqué un trabajo, algo en que estar ocupada. Tantos años fuera me hacían sentir como una extraña cada que volvía, lloraba muy seguido porque buscaba a mis viejos amigos y no mostraban interés en verme, un eco ridículo se burlaba de mí cantándome: “no soy de aquí ni soy de allá” de Facundo Cabral. Una mañana mientras barría el local donde trabajaba, sentí una punzada en el vientre tan fuerte que casi me impedía caminar. Casi a rastras, llamé a mi mamá, en la casa me acariciaba la frente y me daba té, pero el dolor cada vez era peor, así que me llevaron al hospital.

Mientras el médico veía una radiografía de mi vientre, yo sólo rezaba por no estar embarazada, recordé entonces que Titi había perdido un bebé de padre desconocido por un embarazo ectópico, no sé cuánto tiempo pasé tirada en la camilla antes del diagnóstico. Los doctores dijeron que mi estómago estaba detenido, mi cuerpo había entrado en huelga, agonizaba de dolor. Resultó que tenía un quiste del tamaño de una toronja y éste había ahorcado uno de mis ovarios, la torsión quística terminó con el órgano. Sobre la plancha fría del quirófano me preguntaba si yo me había provocado eso. Desperté unas horas después con un ovario menos y la noticia de que tenía un mioma en el útero, el cual requería atención urgente, el tratamiento era una menopausia inducida por seis meses y luego cirugía.

Cuerpo descansa en tu cama, quiero saber qué es lo que quieres para estar bien. No sé qué hacer, escupo sangre, no paras de llorar y en mis pesadillas veo cómo un animal te come los pies y la cabeza, quiero hacerte saltar, correr, pero no puedo, estás inundado de pies a cabeza, lo mejor hubiera sido dejarte llorar antes.

Me negué a realizar el tratamiento para reducir el mioma, pero me propuse dejar de odiar a mi papá y aprender a estar sola. Al volver a La Plata, busqué departamento y prometí hacerlo un nido que pudiera disfrutar. Las

paredes estaban llenas de humedad y había que salir a abrir o cerrar la llave de paso para poder lavar los platos, pero yo me encargué de llenar todo de dibujos y colores, mis amigos me visitaban con frecuencia y en mi pequeño patio hacíamos asados con la parrilla del horno y dos ladrillos. Por primera vez, desde los 14 años, disfruté de mí misma. Ese año dibujé muchísimo, hice dos exposiciones, me compré una bicicleta y dejé de usar el autobús, también descubrí mi lugar favorito de la ciudad a dos cuadras de mi casa: un pequeño bosque sobreviviente a la gran ciudad. Descubrí que La Plata y yo éramos un cofre del tesoro y me prometí que la próxima vez que estuviera en una cama de hospital, iba a jugar con los botones, como si fuera un sube y baja.

Entre el 2010 y el 2013 tomé grandes decisiones, me negué a ser una esposa trofeo a la que le gritan usando el alcohol como excusa, también me di cuenta de que buscaba relaciones por miedo a estar sola y que si decidía odiar a mi padre por siempre, yo era quien la pasaría muy mal, en el tapete de bienvenida de la casa que soy, puse una alfombra que dice: “dentro de mí mando yo”.

Una noche de fiesta, en el techo de mi edificio, me besé con José, un amigo de amigos con el que desde hacía tiempo compartía algunos espacios, trabajos y sonrisas, pero sólo eso. Con la ciudad de frente como un cofre de tesoro abierto, platicamos hasta el amanecer y luego bajamos a desayunar huevos revueltos, que antes de ese día yo odiaba. Se acercaban las fiestas navideñas y ambos viajaríamos a ver a nuestras familias, así que las semanas que nos quedaban en la ciudad las aprovechamos al máximo. Cuando volvimos de vacaciones decidimos hacer un viaje, como no teníamos mucho dinero averiguamos en varios blogs sobre rutas para viajar haciendo *autostop*, fue así que con los bolsillos rotos, una casa de campaña, bolsas de dormir, tres cambios de ropa, una olla y un mapa, partimos hacia Brasil.

El primer trayecto lo patrocinó un marinero que tenía tatuado un piolín en el brazo, además de nombres ilegibles. Yo jamás había viajado así, y mis papás me habían enseñado a tener miedo a los extraños, pero por alguna razón no tuve, creo que en esas carreteras aprendí a sentirme libre del dinero, de los miedos, de muchas cosas. Esos días cosechamos aventuras suficientes para escribir un libro, dormimos en un auto nuevo que iba arriba de un tráiler rumbo a una concesionaria en Rosario e hicimos el amor afuera de una iglesia donde pasamos la noche, en nuestra pequeña casa de campaña.

Ese viaje fue hace cuatro años, desde entonces han pasado muchas cosas entre nosotros y a nosotros, una de ellas fue haber decidido venir a vivir a Aguascalientes, la ciudad de la que huí, a los 19 años. Acá nos tuvimos que casar para que José pudiera quedarse y trabajar, pues para Migración el amor debe legitimarse ante el Estado. Creo que habernos casado nos hizo sentir domados y enojados entre nosotros por varios meses, aunque pudiéramos entender que firmar un papel no cambia nada, sentimos en las tripas y el corazón que hicimos algo que no queríamos. En un momento nos sentimos atrapados en lo que se supone debe ser la vida adulta: cuentas por pagar, un matrimonio estable, trabajo; el sueño inalcanzable de jubilación y casa propia. Nos convertimos en uno de esos perritos que dejan en la azotea amarrados, que sólo pueden ladrar a quien pasa desde su metro cuadrado. Quedamos atrapados en decisiones que tomamos por ir con la corriente, intentando hacer las cosas lo mejor posible.

Entre el horario de trabajo, el activismo y miles de compromisos que compulsivamente acepto, se me hizo costumbre llegar a la casa y saludar a José con molestia, como si su presencia me irritara de forma sobrenatural, no había ningún motivo aparente para justificar mi tirria. Así pasó todo el año hasta que José viajó a Argentina, ese viaje nos obligó a hacer una autopsia de nuestra relación, de nosotros mismos y de nuestro enojo.

Unas semanas después de que regresó de su viaje, me confesó, bajó la luz cenital del comedor, que había estado con alguien más. En principio no sentí nada, pues siempre he pensado que la monogamia es un aliado del amor romántico en el que desde hace varios años no creo, pero unos minutos después comencé a sentir cómo mi cuerpo se calentaba, la película de mi vida comenzó a reproducirse rápidamente, haciendo pausa en la historia de mis abuelas, en la de mi madre, en las mentiras transgeneracionales y en lo mucho que me han hecho llorar. Luego recordé que unos días antes habíamos hablado de una pareja conocida en la que ella estaba siendo infiel, en la conversación comentábamos que era mejor hablar si sentíamos deseo por alguien más, tomar en cuenta al otro, durante esa conversación José asentía a estas opiniones con su secreto guardado, todas esas historias hicieron que su confesión estallara en mí.

Después de ese día, me tomé unas vacaciones lejos, me reencontré conmigo frente al mar, tuve un romance durante algunos meses y me di espacio para pensar qué quería hacer con mi vida y nuestra relación. La noticia que José me dio en el comedor nos purgó, vomitamos las tripas, los silencios, las

dudas y nuestras opiniones, afianzamos nuestros compromisos con la bandera de la honestidad en alto. Y yo entendí que quería escribir mi propia historia mirando de forma precisa las narraciones de las mujeres de mi familia, tomando como referencia sus alegrías, sus llantos, sus silencios y relatos.

El pasado es hoy y, como dice Robin (1989), no es libre, éste está controlado, gestionado, conservado, explicado, contado, conmemorado, magnificado o envilecido, guardado. Mi presente contiene y construye la experiencia pasada, los murmullos de lo acontecido y mis sueños sobre el futuro. A mí ya no me tocaron los apellidos de Titi y Leonora, pero me acompañan sus historias, sus logros y sus sueños truncados. Recuperar el legado de las mujeres de mi familia me revela las opresiones que vivieron y que he heredado por el simple hecho de ser mujer. El poder patriarcal se sostiene por el sometimiento de una genealogía a la otra, las relaciones entre madres, hijas, abuelas pareciera que están subordinadas a las relaciones con los varones (Irigaray, 1992). Hoy llevo los apellidos de mis abuelos acompañados de sus logros: Tomás que logró salir de la pobreza y se convirtió en un hombre importante; Francisco, un respetable hombre de negocios, pero de mis abuelas conservo la complicidad de haber tomado decisiones que no quería, el haber buscado parejas sólo para sentirme menos sola, menos mierda, la constitución de nuestro cuerpo culposo, la fuerza para salir a flote, lo bocona, lo sensible, lo que son ellas y lo que soy yo. Mucho se ha escrito sobre cómo los árboles genealógicos narran las historias de los varones y omiten a las mujeres, Walls (2019) dice:

No se mencionan los nombres de las mujeres. Es casi como si no jugaran ningún papel en el proceso de engendrar y criar niños. La narración encadena las vidas de los padres con las de los hijos para asegurar el linaje, pero ahí donde deberían de estar los nombres femeninos no hay nada. Un silencio, un hueco (p. 26).

Dentro de ese silencio hueco existen mis abuelas, sus abuelas, mi madre y yo. Sus historias y las mías se entrelazan, chocan y distancian, luchan para no ser borradas, algunas piden no ser repetidas en susurros fantasmagóricos, otras se levantan erguidas como ejemplos a seguir. Mi mamá me dijo un día que ella había cortado con una cadena de insatisfacción y tristeza que se heredaba generación tras generación en su linaje, yo quiero hacer lo mismo. Recolectar y escribir las historias de las mujeres de mi familia me hace pen-

sarlas, compararlas, me da una perspectiva diferente para escribir mi propia historia, la historia que yo voy eligiendo para mí, mientras salto obstáculos como en un videojuego.

Hoy fantaseo conmigo arriba de la casa que soy, trazando mi genealogía en el cielo, reconociendo mi linaje y mi propio cuerpo, victoriosa por haberle ganado una batalla al olvido involuntario, a la memoria dominada y portando orgullosa la bandera de la memoria rebelde, buscando una nueva narración propia.

Referencias

- Di Liscia, M. H. (2007). Memorias de mujeres. Un trabajo de empoderamiento. *Política y Cultura*, 28, otoño, 43-69. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422007000200003.
- Irigaray, L. (1992). *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Cátedra.
- Paredes, J. (2013). *Hilando fino. Desde el feminismo comunitario*. México: Cooperativa el Rebozo.
- Robin, R. (1989). Historia y fuente oral. Historia, antropología y fuentes orales Recuperado de: https://www.jstor.org/stable/27753229?seq=1#page_scan_tab_contents.
- Walls, M. (2019). La línea del ombligo. *Orígenes, Revista de la Universidad de México*. Recuperado de: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/38e777da-eb53-45e8-bcb4-0d0113c7e754/la-linea-de-ombligo>.

